

las fuerzas vivas de Valencia se consideraron, sinó muertas, por lo menos agonizantes, ya que les faltaba su amparo y protección. Pero pronto recobraron su ánimo los «velluteres» valencianos: el gobierno mandaba a Valencia al general Sousa. ¿Sería el famoso general que puso el segundo sitio de Bilbao, cuando los sucesos de Agosto? ¿Era un general de los que piden a tiros la ensalada? Esto esperaba las fuerzas vivas, para revivir, pero ¡cuán grande su decepción! El general Sousa no era el de Bilbao. Lo conocíamos ya, con otro nombre, con el del «tío Cayetano» en «Las de Caín». ¡Que dulzura y que bondad había en sus palabras y en sus gestos! No era un rudo hombre de guerra, sino un pacífico amigo de Dato, trufista infatigable como éste, para entretener los ocios de su generalato pasivo y compañero de juego del presidente. El Gobierno no encontraba puncio para Valencia. Un día, después de un resto de cinco duros don Eduardo Dato le dijo a Sousa:

—¿Porque no va usted de gobernador a Valencia?

—Dicen que no es mal clima y, además, creo que hay puerto de mar, contestó el futuro gobernador.

—Ya lo creo. Precisamente dentro de pocos días empieza la Feria ¿usted no la ha visto ningún año? ¡Ocho corridas de toros! ¡La Alameda! ¡El mujerío!

—Si que tendría gusto de verla y algo me decía también la familia de ir a pasar allí las fiestas.

—Pues va usted de gobernador.

Sousa aceptó y un buen día llegó, andando, a nuestra ciudad y se encargó del gobierno.

¡Qué cosas se le ocurrían y le pasaban! El general no salía de su asombro. Cuando recibía a los periodistas, por la noche, estaba trastornado:

—¿No se dónde tengo la cabeza, ni para que me sirva! ¡Cuántos jaleos tiene un cargo de estos!

Cuando los periodistas le preguntaban algo, Sousa contestaba, lastimoso:

—No se si estoy enterado. No me atrevo a hablar, por si digo alguna tontería...

Y, por fin, hablaba, y, ante el asombro de los periodistas, añadía:

—¿Le ven ustedes? Ya he dicho una tontería. ¡Esta cabeza mía!, y se la cogía tristemente con las manos.

Encarcelaba y detenía siguiendo consejos de otros, pero sin estar muy convencido de su necesidad. Cuando iba alguien a solicitar la libertad de algún detenido, decía:

—¡Oa, no señor! Eso no sale de la cárcel hasta que purge su delito!

—Pero ¡Si no ha cometido ningún delito!

—¡Ah! ¿no ha cometido ningún delito? Pues, que le pongan en libertad.

Y así vivió la Feria el bondadoso general hasta que mataron a Maestro Laborda. ¡Cuánta sorpresa, cuánto dolor y cuánta amargura! ¡Las cosas que tuvo que oír del hermano de Maestro, otro buen ejemplar que conocía los alicantinos, aunque hubiesen preferido no conocerlo!

Sousa no salía de su asombro. Además, los agresores no habían dejado rastro ni plata. Pero habían dejado, en su huida, un sombrero de paja. Se lo llevó al general el saboteador que dirigía entonces los trabajos

A.P.C.E.
SIG.: 1.2a/372

Sg.: 1.2a/372

La causa de todo

“El señor Gobernador,”

Si Vital Aza viviese, tendría en los personajes que han desfilado por el Gobierno civil de Valencia sujetos de cómica observación para urdir nuevos ingeniosos juguetes teatrales. Cerca de cinco años estoy en Valencia y casi tres dedicado al periodismo activo, militante y combatiente. ¡Qué tipos tan serranos y tan templados han pasado, durante ellos, por el antiguo caserón del Temple! Se me ocurre pensar en tales cosas, a propósito de la protesta que ha formulado en el congreso el diputado republicano don Adolfo Betrán contra la detención de queridísimos correligionarios nuestros, los letrados Señores Vargas, Borao, y Bort, ex-alcaldes de la ciudad este último. ¿Qué se ha estado en limpio de la protesta? Nada; lo mismo que se consiguió con las absurdas detenciones. La causa de estas no tiene explicación legal ni humana posible. La causa no está en ninguna parte. O mejor dicho, está únicamente en la cabeza del gobernador, ya que algo hemos de poner en ella.

Las cosas más sorprendentes suceden sin razón. Para que esto pueda producirse nos facturan desde Madrid unos gobernadorcitos que si no quitan el sentido, homoc de sospechar, por lo menos, que carecen de todas las que adoran a las criaturas humanas.

He aquí tres botones de muestra o tres pies para un banco: Primero, el gobernador Durán, un cacicón extremeño, alto, delgado, cervista y enfermo del hígado. Se creyó el hombre predestinado para acabar con el socialismo en Valencia y durante su gobierno creció este en proporciones enormes y se llegó al número máximo de atentados. Era un hombre duro, recto, tipo de español antiguo, de honesta vida, muy católico, pero sin piedad. Deportaba, encarcelaba, imponía castigos, creyéndolos necesarios y convencido de que salvaba a la sociedad. Fue malo por fanatismo, por lo que pudieramos llamar «cientismo congénito». Cuando se marchó, de un puntapié que le dió Bergamín,